



CUCA CANALS

El joven



POE



El acertijo
del escarabajo
de oro



edebé

El joven



POE



El acertijo
del escarabajo
de oro

CUCA CANALS

El joven



POE

El acertijo
del escarabajo
de oro

edebé

© Cuca Canals, 2018

© de la edición: Edebé, 2018

Paseo de San Juan Bosco, 62

08017 Barcelona

www.edebe.com

Atención al cliente: 902 44 44 41

contacta@edebe.net

Directora editorial: Reina Duarte

Diseño de la colección: Book & Look

Ilustraciones interiores: Cuca Canals

1.^a edición, octubre 2018

ISBN: 978-84-683-3864-4

Depósito legal: B. 21740-2018

Impreso en España

Printed in Spain

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear fragmentos de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70/93 272 04 45).



CARTA A LOS LECTORES QUE LEEN UNA NOVELA MÍA POR PRIMERA VEZ


Apreciado amigo o amiga:

Me llamo Edgar Allan Poe, tengo 11 años y vivo con mis padrastros en la calle Morgue de Boston, capital de Massachusetts.


Mi madre murió hace 3 años, pero mi padre está vivo, aunque esto lo averigüé hace poco. Descubrí que se había establecido en Dublín gracias a la información de un familiar lejano. Al parecer, nos abandonó tras la muerte de mi madre. Tengo 2 hermanos de sangre, Rosalie y William Henry. Los tres vivíamos juntos en un orfanato hasta que nos dieron en adopción hace un par de años y fuimos a parar a familias diferentes. Por suerte, Rosalie vive con sus padrastros a solo dos calles de mi casa. En cambio, William Henry reside en Baltimore, a 399 millas de Boston.

Mis padres adoptivos tienen otro hijo, Robert Allan, de 16 años. No lo soporto. Me odia porque cree que voy a quedarme con el dinero de sus padres. Siempre se está peleando conmigo. Yo estoy convencido de que quiere matarme.

En la escuela me llaman «el Raro», pero a mí me da igual lo que digan los demás. ¿A quién perjudico siendo como soy? ¿Acaso no somos todos un poco raros? ¿Quién no tiene alguna manía? ¿No es peor la gente que declara ser normal y siempre está incordiando a los demás? Yo creo que ser raro significa ser único. Y eso, más que un defecto, me parece una virtud.



Me encanta hacer formas geométricas con todo; con el puré de patatas hago cuadrados; con las pequeñas piedras del jardín hago triángulos y en las superficies polvorosas dibujo círculos con la yema de mi dedo índice. No soporto que los objetos estén colocados uno al lado de otro y que se toquen entre sí; por ejemplo, los cubiertos o las tizas de colores. Cuando me voy a dormir, antes de cerrar los ojos, tengo que contar hasta 13. Asimismo, soy algo supersticioso. Cada vez que voy a algún sitio en el que no he estado, tengo que formar un círculo caminando. Por las mañanas siempre salgo de la cama pisando el suelo de mi habitación con el pie derecho. ¡Si un día me equivoco, me quedo en la cama todo el día aunque tengo que inventarme que estoy enfermo porque, de lo contrario, mis padrastrós no me dejarían! Durante las noches de tormenta siempre me aseguro de dormir con la tripa cubierta y la ventana bien cerrada. Lo hago desde que leí que los fantasmas te pueden robar el ombligo y devorarte sin piedad.



Otra razón para que me tilden de raro es que mi padrastró es el dueño de una funeraria, un lugar que, por cierto, visito a menudo: cada vez que se enfada conmigo me envía allí a barrer. Eso ha hecho que, además de ser un experto en limpiar suelos, ya haya visto cientos de muertos. En concreto, 519 cadáveres hasta el día de hoy. Al principio me daban un poco de miedo y repelús, pero ahora solo me provocan una respetuosa indiferencia. A veces, cuando acabo de barrer me echo una siesta en alguno de los ataúdes vacíos y agradezco a los difuntos que no le digan nada a mi padre adoptivo. Es una de las ventajas de vivir entre muertos: no molestan a nadie. Con la

escoba me encanta hacer pequeños círculos de suciedad e imaginarme que el polvo se transforma en enormes escarabajos, cucarachas o arañas que reptan por las paredes. Son tan repugnantes que hasta los cadáveres resucitan al verlos.

Por una imposición de mi padrastro, un hombre muy pragmático, siempre visto de negro. Así, las manchas y el desgaste de mi ropa no se notan tanto y mi madrastra tiene menos trabajo conmigo. A día de hoy esta es la lista de la ropa que tengo (¡también me encanta hacer listas!).

MI ROPA

- 6 camisas de color negro
- 3 jerséis de cuello alto de color negro
- 1 chaleco de color negro
- 2 abrigos de color negro
- 2 pares de zapatos de color negro
- 3 calzones de color negro
- 6 camisetas de color negro
- 3 camisones de noche de color negro

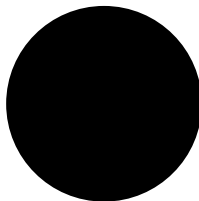
Supongo que vestir de negro tampoco ayuda a que me vean como a un joven normal, pero no me importa porque es mi color preferido. Como la oscuridad y la noche. Me encanta adentrarme en la negrura. Cuando cierro los ojos, puedo hacer todo lo que quiero: desde imaginarme que puedo volar hasta enfrentarme a un ejército de bisontes. Sucede lo mismo que cuando escribes. Puedo inventarme mundos irreales, crear personajes maravillosos o incluso torturar a mi hermanastro Robert Allan. Por eso, cuando sea mayor, quiero ser escritor. Y, lo mejor de todo, con la imaginación puedo ver a mi difunta madre siempre que quiero. Se acerca a mí y los dos nos abrazamos.

Una vez en la clase de arte me pidieron que dibujara un plato de sopa y yo hice un rectángulo negro más o menos así:



Le dije al profesor que ahí dentro yo veía perfectamente un plato de sopa. Le pedí que utilizara la imaginación pero, como la mayoría de los adultos, continuaba sin distinguir el plato.

Entonces concreté más el dibujo:




Hice un círculo y así conseguí que, al menos, se imaginara el plato. Eso sí, no aprobé el ejercicio porque no hubo manera de que viera la sopa.

Tengo un amuleto que, debo reconocerlo, no es muy «normal»: el ojo de un muerto que guardo en un pequeño frasco con formol. Lo robé hace tiempo de la funeraria de mi padrastro y lo llevo siempre en mi bolsillo. Además, me sirve como arma secreta de defensa. Si alguien me molesta, le aproximo el ojo y en el 99 % de los casos logro que me dejen en paz.


También tengo una mascota muy especial, un cuervo al que bauticé Neverland. ¡Es la única palabra que sabe pronunciar! La repite constantemente, así que no me costó mucho decidir el nombre. Vive en un saliente del tejado de nuestra casa y en invierno, cuando hace mucho frío, le dejo dormir en la buhardilla donde guardamos los muebles viejos. A veces me sigue a los sitios a los que voy, como si quisiera protegerme desde el cielo. Cuando me acompaña a la escuela siempre le pido que se mantenga a una distancia prudente para que nadie sepa que Neverland y yo somos amigos. Mi hermana pequeña Rosalie es de las pocas personas que lo conoce. Mi padrastro y mi hermanastro, por supuesto, no saben ni que existe porque, si se enteraran, estoy seguro de que lo desplumarían y descuartizarían sin pensárselo dos veces.

Además de ir a la escuela, me dedico a vender sustos. Sí, vendo sustos de asustar. A cambio de una pequeña cantidad de dinero, mis clientes pueden elegir uno de los muchos que les ofrezco. ¿Que para qué sirven? Muy fácil. Para amedrentar a la persona que más deteste el cliente. Incluso he hecho un ca-



tálogo en el que explico paso a paso cómo llevarlos a cabo. Vendo desde sustos para sobrecoger a padres crueles o a hermanos mayores aprovechados, hasta sustos para vengarse de profesores injustos o tutores despiadados.

Mi sueño es reunir el dinero necesario para que mis hermanos verdaderos y yo podamos ir a buscar a nuestro padre a Dublín, en Irlanda. Con los sustos ya he ahorrado bastante dinero y sé que puedo ganar mucho más porque colaboro con Auguste Dupin, el afamado inspector de la policía de Boston. Ya le he ayudado a resolver varios casos. Entre ellos, los crímenes de la calle Morgue o el de Mary Roget. A cambio, suelo recibir una generosa recompensa. Si continúo colaborando en otros casos, muy pronto podré comprar los billetes de barco para viajar a Dublín. Eso sí, debo tener mucho cuidado con mi hermanastro Robert Allan, que ya me robó una vez el dinero que tenía ahorrado.



Y sin más demora, aquí os presento mi quinto relato.

Espero que os lo paséis de miedo.

Muchas gracias por todo y un gran saludo.


Edgar Allan Poe

UN SUSTO DE MUERTE




Imagínate una noche oscura. Imagínate que estás en tu casa, a punto de entrar en tu habitación. El susurro del viento entre los árboles se cuele por la ventana. Todo está en penumbra, la única iluminación es la de la vela del candelabro que llevas en tu mano. El suelo cruje como si estuviera vivo. Estás solo, nadie te puede ayudar aunque grites. Imagínate que fuera empieza a llover torrencialmente, los relámpagos iluminan tu habitación una y otra vez. Te acercas a tu cama y la ventana se abre y se cierra, apagando la llama de la vela. Al avanzar otro paso, el suelo chirría. Un enorme cuervo entra en tu estancia y planea sobre tu cabeza mientras grazna amenazante. Y de repente...

Imagínate que, a través de la ventana de tu habitación, ves un muerto viviente que aparece y desaparece. Está en los huesos y va vestido con una túnica negra que solo muestra parte de su cara, una horripilante calavera. Además, da la sensación de que está desternillándose de ti, porque hasta puedes



oír su risa profunda. Imagínate que ese muerto lleva un letrero colgado que dice: «El próximo cadáver serás tú».



Ese era precisamente el susto que yo le había preparado a mi hermanastro Robert Allan, como venganza por haberme robado el dinero que había ahorrado para ir a Dublín a buscar a mi verdadero padre. Por suerte lo había recuperado, pero había jurado venganza. Como a mi hermanastro Robert Allan le horrorizan los gatos, en un primer momento pensé en espantarlo con la pantera propiedad de mi amigo el gobernador de Boston, Ernest Huger, al que conocí en el caso de la carta robada. Pero finalmente deseché esa idea. La pantera del gobernador era tranquila, pero con alguien como mi hermanastro, que enerva a cualquiera, tenía miedo de que matara a Robert Allan. Y yo solo quería darle un buen susto.

Pero regresemos a la noche de la venganza contra mi hermanastro. En cuanto vio el esqueleto, se puso a gritar como un histérico. Yo había esperado pacientemente hasta disponer de una noche en la que estuviéramos solos y que hubiera tormenta para que fuera más terrorífico. Me partía de la risa mientras subía y bajaba la cuerda que sujetaba el esqueleto y que pasaba por una pequeña polea como las que se utilizan para sacar agua de los pozos. Esa polea se encontraba sujeta a una de las ra-

mas superiores del gigantesco abeto que llega hasta la planta superior de mi casa, donde están los dormitorios. Yo permanecía escondido en el jardín, tras la caseta donde guardamos las herramientas, mientras utilizaba un embudo de la cocina como amplificador y distorsionador de mi risa terrorífica.

Por cierto, el esqueleto con el que había dado el susto a mi hermanastro me lo había prestado Auguste Dupin. Es el que se encuentra en su despacho y que yo he estado a punto de destrozarse por mi torpeza. Se me había caído muchas veces al suelo. Pero no solo a mí; también a otras personas que habían estado en su despacho.

Por eso, el inspector había decidido reforzar el esqueleto con finos alambres que unían los diferentes huesos, según me dijo, para que todo el mundo pudiera tocarlo sin peligro.

Cuando vi que realmente ya no se rompía, se me ocurrió utilizarlo para dar un susto a mi hermanastro.

Además, pensé que podría incorporarlo en mi catálogo de sustos, pero como conseguir un esqueleto no sería una tarea sencilla para mis clientes, lo sustituí por un fantasma, que puede recrearse más fácilmente con una sábana.



SUSTO número 133: EL FANTASMA VIVIENTE

Se necesita:

- 1 sábana
- 2 palos de madera
- 1 col o coliflor
- 1 cuerda gruesa
- 1 polea
- 1 cartel con un cordel o cuerda para colgar
- 1 embudo de cocina

Modo de preparación:

- 1) Para hacer el fantasma, utiliza dos palos formando una cruz. En la parte superior inserta la coliflor, que será la cabeza del fantasma. Tapa la cruz y la coliflor con la sábana.
- 2) Ata la polea a una rama alta del árbol elegido para asustar a tu víctima.
- 3) Pasa la cuerda por la polea y ata el fantasma por el cuello. De esta forma, se podrá subir y bajar con facilidad.
- 4) Cuelga por fuera un cartel con el mensaje que se desee. Por ejemplo: «Tú serás el próximo», o bien «Déjame en paz o te convertirás en un fantasma».
- 5) Utiliza el embudo como amplificador y distorsionador de voz.




Tras asustar a mi hermanastro, introduje el esqueleto, la polea y las cuerdas en la caseta y aguardé media hora para que no sospechara de mí. Como era de esperar, no me dijo nada de lo que le había sucedido ni se acercó a mi habitación. Era demasiado orgulloso para reconocer que estaba muerto de miedo.



A la mañana siguiente, metí el esqueleto en una pequeña carreta, tapándolo con una manta. Había quedado con el inspector Auguste Dupin en que se lo devolvería ese mismo día. Pensaba ir a la comisaría directamente, pero una malévola idea se cruzó por mi cabeza cuando vi a lo lejos a una de las personas que me resultan más insoportables de mi barrio. Se trataba de la señora Grander, a la que todos conocen como la Correveidile por lo chismosa que es. Siempre que la veía me imaginaba que su cabeza se transformaba en la cabeza de un loro que parloteaba sin descanso. Solía sentarse en un banco del pequeño jardín de la plaza para criticar a todo el que pasaba por delante.


Decidí adelantarla y llevé el esqueleto hasta su banco. Lo dejé ahí como si estuviera sentado y me escondí tras unos arbustos. Por fin llegó la señora Grander y yo pensé que empezaría a gritar asustada. Sin embargo, me equivocaba. Se sentó tan tran-



quila a su lado y se puso a darle conversación. Entonces recordé que ella misma me había dicho que no estaba bien de la vista. ¡Quedaba más que demostrado! En unos minutos, puso al esqueleto al corriente de las novedades del barrio:

—Audrey Miles se ha comprado una peluca nueva y, la verdad, está horrible. No entiendo cómo puede tener tan mal gusto. La viuda Something lleva varios días sin salir de casa, pero lo más extraño es que alguien vio entrar a un joven apuesto que...

Bla-bla-bla.



Miré preocupado mi reloj de bolsillo. ¿Y si la señora Grander no dejaba de hablar nunca? Se me estaba haciendo tarde. Tenía que devolver el esqueleto a Dupin. Cuando estaba a punto de llevármelo, vi a dos jóvenes que se acercaban al banco donde estaba la Correveidile. Los reconocí enseguida; se trataba de dos ladronzuelos que solían robar a la gente mayor del barrio. Eran astutos y escurridizos. La policía todavía no había conseguido atraparlos. Asustaban a sus víctimas amenazándolas con un cuchillo, aunque afortunadamente no utilizaban la violencia si recibían joyas o algo de dinero. El problema era cuando alguien les ofrecía resistencia.

Los asaltantes llegaron al banco donde se encontraban la señora Grander y su acompañante. Estaban de espaldas a ellos por lo que tampoco se dieron cuenta de que el acompañante era un cadáver.

—Dadnos vuestro dinero si no queréis que os matemos —les espetó uno de los agresores a la Correvidile y su acompañante.

La señora Grander se giró temiéndose lo peor. Ella también había oído hablar de esa pareja de ladrones. Pensó en su collar, de gran valor sentimental porque se lo había regalado su difunto esposo, y lo agarró instintivamente.

—Por favor, no me hagáis daño —gimió—. Esto no os lo puedo dar, es un recuerdo de familia que...

Yo no sabía qué hacer. Esos delincuentes no eran peligrosos si se les daba lo que pedían, pero la señora Grander era bien capaz de plantarles cara.

—Si no nos das esa joya, te juro que te matamos —la amenazaron.

Poco a poco, la pareja de ladrones se estaba poniendo nerviosa. Pero la señora Grander seguía con su cháchara:

—Si me dejáis un poco de tiempo, voy a mi casa a buscar una pulsera de oro que me regalaron cuando me casé y que...

—Cállese —le espetó el más joven cada vez más alterado, mientras el de más edad se acercaba a ella.

Sabía que era capaz de clavarle el cuchillo. Y por mucha manía que tuviera a la anciana, por supuesto no deseaba que le pasara algo así.

Iba a intervenir cuando sucedió algo inesperado...

